

Razones del fuego o poética de Pedro Salvador Ale

Raúl Cáceres Careño

La poesía nace de la combustión de los huesos.

RAMÓN LÓPEZ VELARDE



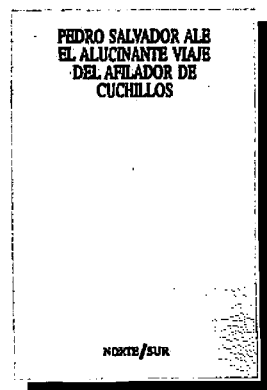
emos recibido la segunda, depurada y pulcra edición de *El alucinante viaje del afilador de cuchillos* (Editorial Norte/Sur, 1998). Esto

motiva el siguiente breve recuento (cuaderno de bitácora del lector que soy) del largo viaje poético de Pedro Salvador Ale.

Poeta en pie de “guerra florida” desde los 19 años, Salvador Ale (Jujuy, Argentina, 1954) eligió la ciudad de Toluca –hará unos 20 años– para residir, amar, escribir, y combatir las voces falsas, a la maldad y al tiempo. Este autor ha escrito entre nosotros lo esencial de su obra poética.

A partir del entrañable poemario *Violina* (1979), pasando por libros tan unitarios en pasión y expresión como son *El corazón en la red* (1982), *Autofagia del naufrago* (1982), *Manuscritos de la memoria del sueño* (1983), *Sobre las cicatrices del tiempo* (1984), *De biografías, monstruos y pájaros migratorios* (1986); el poeta argentino-mexicano alcanza finalmente, en virtud de una ardua invocación, las fuerzas creadoras del lenguaje, los reinos de plenitud lírica que aportan a la evolución de su obra *El alucinante viaje del afilador de cuchillos* (1986/1998), *Navegaciones* (1991) y los dos títulos más recientes, cada uno renovador de las armas y los destinos de su palabra poética: *La danza del guerrero* (1996) y *Los reinos del relámpago* (1997).

Raúl Cáceres Careño. Poeta y escritor. Ha publicado, entre otros títulos, *La flama del tiempo* (1989), *Salutación al Dios Tolo* (1993), *Ángel María Garibay: el poeta* (1992), *Saint-John Perse: El mar y el hombre* (1994) y *Acicana: La canica* (1996).



Nuestras “notas de lectura” se vierten, después de señalar que obra tan polivalente y fértil amerita una reflexión más amplia, sobre ciertos elementos y condiciones del poema-libro *El alucinante viaje...* y también sobre algunos aspectos de *La danza del guerrero*.

El discurso del tiempo está expresado de manera sensible en ambos libros: el poeta autobiográfico y alegórico que escribe a sus 32 años la crónica o epopeya de *El afilador de cuchillos* ha madurado en el juglar, en el aeda y mago que, con 10 años más en la conciencia, en la mirada y en la voz, narra con sabiduría y ritmos verbales admirables su *Danza del guerrero*.

Sobre *El alucinante viaje...* recuerdo que la bella edición del Instituto de Cultura de Yucatán (1986), hoy agotada, fue parte del Premio de Poesía del Primer (y hasta ahora único) Certamen Nacional Literario convocado por el Gobierno del Estado de Yucatán. El jurado calificador que otorgó por unanimidad el premio estuvo constituido por Rubén Bonifaz Nuño, Víctor Sandoval y el que esto escribe. El laudo celebraba la excelencia del tema y el lenguaje; señalaba asimismo que el proceso narrativo, de tesitura épica, describe con fuerza alegórica la existencia y los oficios del poeta en la sociedad latinoamericana de estos días.

En una declaración suya, publicada en el suplemento cultural universitario *La abeja dorada* (UAEM, septiembre, 1996) Pedro Salvador Ale nos deja esta esclarecedora reflexión sobre los trabajos y los días de un poeta:

Sé que un poema no puede quitar el hambre ni cambiar la miseria humana, pero su irradiación ayuda a vivir contra toda adversidad. El poema es un sueño que se materializa a través del lenguaje y se recrea en otras utopías en la vida diaria. Escribo porque creo en el mito ancestral y en el poeta como un guardián de ese fuego que es el único que nos devuelve el rostro y nos abraza el espíritu: el hombre al ritmo de las estrellas y de la hierba; esa quizá es la única nostalgia válida.

Respecto a *La danza del guerrero* transcribo aquí, en honor de una "nostalgia válida" y reciente, el fragmento central del comentario crítico que dediqué a este libro en el mencionado suplemento *La abeja dorada* (No. 19):

A la luz de la poesía

El acto poético esencial irradia "una serie de incendios", enseñaba Vicente Huidobro. La verdadera poesía, entonces, nos enciende o transfigura: nos reintegra al "ser". Nos muestra o devela la urdimbre secreta de nuestras pasiones y destinos. *La danza del guerrero* nos incorpora al fuego poético primordial. Y traza una estela luminosa: levanta palabras ardientes como testimonio de las obras y las voces del hombre contemporáneo [...] Esta danza es, sobre todo, un extenso poema único que se sustenta en cuerpos o fragmentos líricos que dan la unidad, el tono y el ritmo general del discurso poético, sostenido éste en sólida estructura. El poema se despliega al conjuro de un *ars poética* personal, de un *ars amandi* del idioma mismo [...] Los lectores de este libro de Salvador Ale han de ser, necesariamente, sensibles y atentos. En esos pocos lectores el poema hará su destino. Y estos lectores encontrarán ahí lo que la poesía nos está diciendo desde siempre: Todo habla. Todas las cosas y los seres del mundo escriben en nosotros señales y destinos. Todo tiene que ver con todo. El árbol del hombre está hecho de palabras [...] *La danza del guerrero* nos ofrenda una propuesta clásica: Equilibrio de fuerzas, armonía y precisión verbales, claridad; el pacto o las bodas del cielo y del infierno... *La pasión, la intención* y la *expresión* unidas en las voces del canto.

Para Antonio Machado "la poesía es el diálogo de un hombre con su tiempo". O el diá-

logo del hombre con el tiempo. Entre la primera y la segunda edición de *El alucinante viaje...* han transcurrido doce años. Y apreciamos válido para nuestros ojos lectores de hoy el juicio de valor con que el jurado calificador premió este libro en 1986. Sintetizada, dicha argumentación aparece en la contraportada de la elegante publicación actual:

El alucinante viaje del afilador de cuchillos es un libro ambicioso y vasto en su propósito poético; logra ser en líneas generales un relato épico-lírico con poder narrativo, hablado en tono mayor. La voz del poeta nos hace recobrar múltiples escenarios y paisajes: ciudades y aldeas, ritos ancestrales, el mundo natural, las criaturas y los seres verdaderos de la tierra, la humildad y la gloria de los oficios humanos; preserva en el tiempo los mitos, la historia cotidiana, los deseos y la lucha del pueblo latinoamericano; asume tanto nuestra tradición poética como el habla directa y coloquial de la lírica que hoy vivimos.

Al pie del árbol

Hago conocer al lector la respuesta del poeta Pedro Salvador Ale a una pregunta expresa de este escribano:

—Creo que la obra de uno es biográfica, pero que también responde a lo que nos rodea. Creo que sí hay compromiso del artista con el entorno, consigo mismo y con la realidad que siempre lo toca en lo más profundo del ser. No hay obra si no hay conciencia humana. Si no hay conciencia no hay vida; esto por sobre las ideologías y los partidos políticos. El poeta tiene un compromiso con su tiempo y éste se da a través de su obra, de su ser y estar en el mundo, de su ser y estar en la historia. Cada quién sabrá de qué manera responde.

Después de dos o tres lecturas plenas al *Afilador de cuchillos* sabremos que el alucinante viaje de la poesía servirá para revelarnos la herencia del aire luminoso de la vida:

Sólo quedarán los días en un idioma de agua

Que será descifrado

Por duendes y magos de otra época. ○